

ELENA Y EL SECRETO PERDIDO DE GAUDÍ



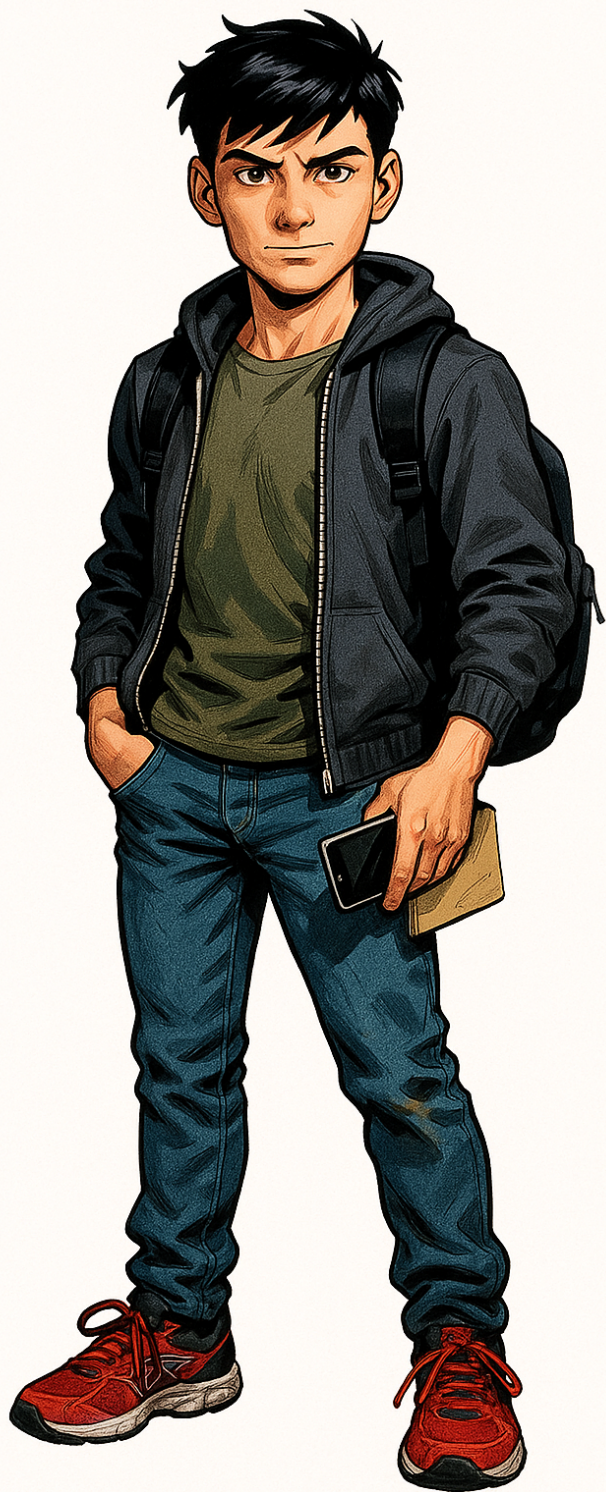
Elena pensaba que el viaje escolar al barrio de Gracia sería otra excursión aburrida llena de fechas y nombres... hasta que encontró el extraño papel doblado detrás de un viejo azulejo en una placeta escondida. En el mapa descolorido aparecía un símbolo que se repetía en varios edificios de Gaudí, junto a una frase enigmática: "La verdadera Sagrada Familia aún duerme bajo Barcelona". Mientras la Señora Díaz explicaba detalles sobre el modernismo, Elena, Martina y Sergio empezaron a notar el mismo símbolo tallado en una farola, en una reja y en un banco de mosaicos. Con cada nuevo descubrimiento, Barcelona dejaba de ser solo su ciudad para convertirse en un tablero lleno de códigos secretos, y Elena sintió, por primera vez, que quizá su vida tranquila estaba a punto de romperse para siempre.



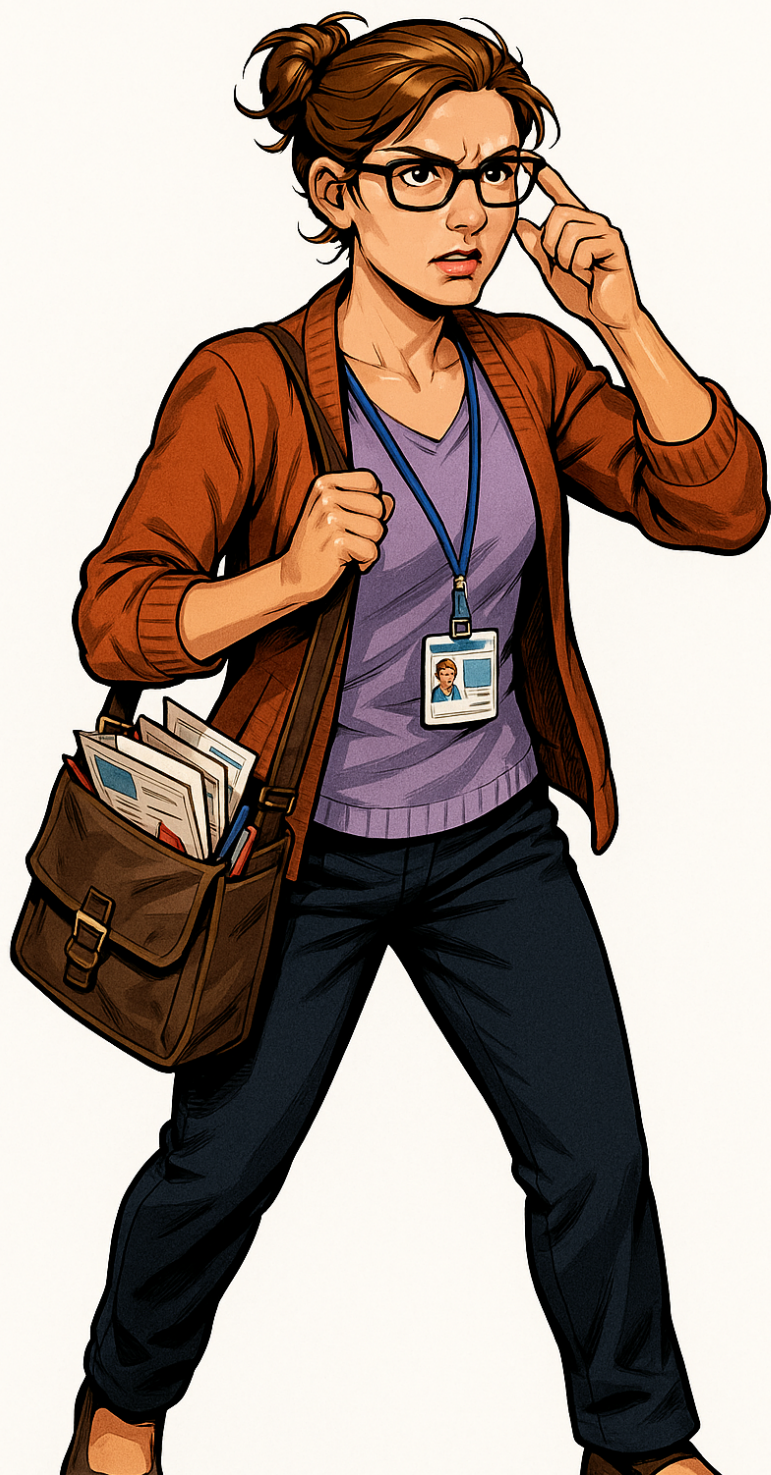
Elena



Martina



Sergio



Señora Díaz

— La excursión que iba a ser aburrida —

Elena apoyó la frente contra el cristal del autobús y vio cómo las calles de Barcelona pasaban como una película que ya se sabía de memoria. Bloques del Eixample, balcones llenos de plantas, motos aparcadas en doble fila, turistas con mochilas enormes. Todo le resultaba familiar, demasiado. Suspiró.

—¿Qué te pasa? —preguntó Martina, sentada a su lado, mientras cerraba su libreta de dibujo.

—Nada... —murmuró Elena—. Solo que otra excursión de historia del arte. Más fechas, más nombres...

Martina se rió por lo bajo.

—A mí me encanta. Además, Gracia tiene un montón de historias raras. He leído que antes era un pueblo independiente, ¿sabes? Y que hay plazas escondidas por todas partes.

—Sí, sí, lo que tú digas, futura historiadora —bromeó Elena, aunque una parte de ella envidiaba el entusiasmo de su amiga.

Dos filas más atrás, Sergio estaba con los cascos puestos, mirando su móvil. De vez en cuando levantaba la vista para comprobar por la ventana por dónde iban. Siempre hacía eso, como si tuviera un mapa en la cabeza.

—Mirad por la derecha —la voz de la Señora Díaz llenó el autobús—. Ahí comienza el barrio de Gracia. Fijaos en las plazas, en las casas más bajas y en las fachadas modernistas. Recordad que tenéis que hacer fotos para el trabajo de clase.

Elena levantó un poco la mirada. Las calles se estrechaban y aparecían balcones llenos de ropa tendida y banderas. En una esquina, un grupo de niños jugaba a pelota. El autobús se detuvo con un chirrido y las puertas se abrieron.

Bajaron en fila, con el murmullo típico de un grupo de primero de la ESO. Algunos se quejaban del peso de las mochilas, otros hacían bromas sobre perderse por el barrio. Elena ajustó la



correa de su mochila gris y se colocó al lado de Martina.

—Hoy vamos a recorrer parte del Gracia más antiguo —anunció la señora Díaz, levantando una carpeta llena de papeles—.

Vamos a ver ejemplos de arquitectura modernista menos conocidos que la Sagrada Familia, pero igual de interesantes.

Recordad: observad los detalles, porque Gaudí y sus contemporáneos escondían símbolos por todas partes.

—Detalles, símbolos... —repitió Elena, sin mucho ánimo.

Sergio se acercó a ellas, guardándose el móvil en el bolsillo.

—¿Listas para morir de aburrimiento? —susurró.

—Yo no —respondió Martina, ofendida—. Hay una casa en esta zona que tiene un dragón de hierro en la fachada. Y otra con azulejos que forman mapas de estrellas.

—Sí, claro —dijo Sergio, escéptico—. Y seguro que detrás del dragón hay una puerta secreta a otra dimensión.

Elena sonrió. Le gustaba esa manera que tenían sus amigos de discutir por todo. De algún modo, hacía que los días parecieran menos repetitivos.

Empezaron a caminar por una calle estrecha que desembocaba en una plaza pequeña, con una fuente en el centro. La fuente estaba decorada con azulejos de colores. La Señora Díaz se detuvo allí.

—Esta placeta no aparece en muchas guías turísticas —explicó—, pero es un buen ejemplo de cómo el modernismo entró también en los espacios cotidianos. Fijaos en los azulejos, en los bancos, en las farolas.

Elena miró alrededor. El sol de media mañana iluminaba los mosaicos y los hacía brillar. Un perro olisqueaba cerca de la fuente, y un hombre mayor leía el periódico en un banco. Nada parecía especialmente emocionante.

—Quiero dibujar esa farola —anunció Martina, ya con el lápiz en la mano—. Tiene un diseño muy raro.

—Yo haré las fotos mínimas para aprobar —dijo Elena, sacando el móvil.

Mientras los demás escuchaban a la profesora, Elena se fue acercando a uno de los bancos de azulejos. Se sentó y pasó la mano por la superficie fría y ligeramente rugosa. Había formas geométricas, flores y pequeñas figuras casi borradas por el tiempo.

—Recordad que podéis moveros por la plaza, pero no os alejéis —gritó la voz de la Señora Díaz.

Elena se agachó para hacer una foto más de cerca. Desde aquel ángulo, notó algo raro. Uno de los azulejos, en la parte baja del banco, parecía estar ligeramente descolocado, como si alguien lo hubiera pegado deprisa.

—Qué chapuza —murmuró.

Pasó el dedo por la juntura. El azulejo se movió un poco.

Elena se quedó quieta, con el corazón acelerado sin saber por qué. Miró alrededor: nadie se fijaba en ella. Martina estaba concentrada en su dibujo, y Sergio escuchaba a medias a la profesora mientras jugueteaba con una piedra.

Con cuidado, Elena tiró un poco del azulejo. Este se despegó lo justo para dejar ver un hueco diminuto detrás. Algo blanco sobresalía.

Tragó saliva y metió dos dedos en el hueco. Sacó un papel arrugado, doblado en varias partes, amarillento por el tiempo.

—¿Qué...? —susurró.

Lo desdobló con cuidado. Era un pequeño mapa, dibujado a mano, con líneas finas y trazos elegantes. Reconoció algunos nombres de calles, aunque estaban escritos con una letra antigua. Y allí, en varias esquinas del dibujo, aparecía un mismo símbolo: un círculo atravesado por tres líneas curvas.

Debajo, en una esquina, había una frase: “La verdadera Sagrada Familia aún duerme bajo Barcelona”.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Eh, ¿qué miras? —la voz de Sergio sonó justo detrás de ella.

Elena pegó un salto y casi se le cae el papel. Lo sujetó con fuerza, sintiendo que algo, sin saber qué, estaba a punto de cambiar.

— El símbolo del círculo y las tres líneas —

Elena cerró instintivamente la mano sobre el papel, como si temiera que el viento se lo arrebatará.

—Nada —dijo demasiado rápido—. Es solo... basura.

Sergio alzó una ceja.

—¿Basura escondida detrás de un azulejo? Venga ya.

Martina se acercó con el cuaderno contra el pecho.

—¿Qué pasa? ¿Qué habéis encontrado?

Elena dudó un segundo. Miró a sus amigos y al resto de la clase, dispersa por la plaza. La Señora Díaz seguía explicando cosas sobre el modernismo, girando las manos en el aire.

Se inclinó hacia Martina y Sergio.

—Vale, pero no hagáis ruido.

Abrió la mano y les enseñó el mapa. Los ojos de Martina se agrandaron.

—Esto no es basura —susurró—. Es un mapa antiguo. Mira la tinta, y el papel...

Sergio se agachó más, acercando la cara.

—Reconozco esta calle —dijo, señalando con el dedo—. Es Travessera de Gràcia. Y esto de aquí parece...

—El paseo de Sant Joan —completó Martina, entusiasmada—. Y aquí... ¿Qué es ese símbolo?



El dibujo del círculo atravesado por tres líneas curvas se repetía en varias esquinas, como si marcara puntos importantes. Elena lo observó fijamente. Tenía algo hipnótico.

—Fijaos en la frase —dijo—. “La verdadera Sagrada Familia aún duerme bajo Barcelona”. ¿Qué significa eso?

Martina sonrió, como si de pronto estuviera dentro de una novela de misterio.

—Podría ser algún tipo de tesoro oculto. O un proyecto secreto que nadie conoce. O una broma de alguien muy friki.

—O podría ser falso —dijo Sergio—. Alguien podría haberlo metido ahí hace dos días.

—No —replicó Martina, tocando el borde del papel—. Mira cómo está amarillento. Y el dibujo. Nadie que haga una broma se curra tanto detalle.

Elena sintió una extraña mezcla de miedo y emoción. Sabía que lo lógico era enseñárselo a un adulto, pero algo dentro de ella le decía que si lo hacía, aquel momento dejaría de ser suyo.

—Deberíamos enseñárselo a la Señora Díaz —dijo Sergio, como si le leyera la mente.

—¿Para que lo guarde en una carpeta y se olvide? —protestó Martina—. ¿Y si es algo importante de verdad? Podría tener que ver con Gaudí. Estamos en su ciudad, ¿no?

La voz de la profesora se acercó.

—Chicos, no os separéis tanto del grupo. Recordad que... ¿Qué miráis ahí?

Los tres se enderezaron de golpe. Elena, instintivamente, dobló el papel y lo escondió detrás de la pierna. Sintió que le ardían las mejillas.

—Nada, profe —dijo Sergio, con su mejor cara de inocente—. Estábamos mirando... los detalles del banco.

—Eso está muy bien —respondió la Señora Díaz, sonriendo—.

Los bancos modernistas son como pequeños cuentos en cerámica. Pero no os quedéis solos, ¿vale?

Se alejó para llamar la atención de otros alumnos. Elena soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo.

—Casi se lo enseñas con la cara —susurró Sergio.

—No me ha dado tiempo a pensar —respondió Elena—. Me ha pillado de sorpresa.

Martina miró discretamente a la profesora, que ahora señalaba una farola con una base de hierro forjado.

—Oye —dijo en voz baja—. Si la Señora Díaz dice que los modernistas escondían símbolos por todas partes... ¿y si este es uno de ellos?

—Un círculo con tres líneas —murmuró Elena—. No lo he visto nunca.

Se giró hacia la farola que la profesora señalaba. La base estaba cubierta de figuras de hojas y espirales. De repente, en uno de los laterales, distinguió algo: un círculo, pequeño, casi escondido, con tres líneas curvas en su interior.

Se le heló la sangre.

—Mirad —dijo en voz muy baja, dando un codazo a sus amigos. Sergio entrecerró los ojos.

—No puede ser.

Martina contuvo la respiración.

—Es el mismo símbolo.

Elena sintió que el corazón le golpeaba en el pecho. El mapa no era solo un papel viejo. Alguien, en algún momento, había marcado algo real en la ciudad.

—Vale —dijo Sergio—. Esto se está volviendo raro.

—Es emocionante —corrigió Martina.

Elena, sin quitar los ojos de la farola, habló casi para sí misma.

—¿Cuántas veces habré pasado por delante de cosas así sin darme cuenta?

La profesora terminó la explicación y pidió al grupo que se preparara para seguir caminando hacia la siguiente plaza.

—Tenemos que seguir las marcas —susurró Martina—. Al menos un poco.

—No podemos perdernos del grupo —objetó Sergio—. Y si la profe nos pilla, nos cae bronca.

—No digo ahora —respondió Martina—. Digo... después. Cuando no estemos con toda la clase.

Elena dobló con cuidado el mapa y lo guardó en el bolsillo interno de su sudadera.

Mientras el grupo avanzaba por otra calle, ella miraba a su alrededor de otra manera. Cada farola, cada reja, cada balcón le parecían posibles escondites de símbolos.

Ese día, Barcelona dejó de ser solo el fondo de su vida. De pronto, era un tablero lleno de pistas que alguien había colocado, quién sabía cuándo, esperando a que alguien, quizá ella, las encontrara.

La sonrisa tensa de la profesora

El recorrido por Gracia continuó entre explicaciones de la Señora Díaz sobre balcones de hierro, vitrales de colores y fachadas ondulantes. Pero para Elena, las palabras empezaron a mezclarse con otro idioma silencioso: el de los símbolos escondidos.

En una reja de un portal antiguo, volvió a ver el círculo con las tres líneas, pequeño y casi invisible entre las formas vegetales. En el respaldo de un banco de mosaicos, apareció de nuevo, esta vez formado por trocitos de azulejo verde. Cada vez que lo encontraba, notaba un pinchazo de emoción en el



estómago.

Martina llenaba hojas de su libreta con dibujos de fragmentos: una esquina de una puerta aquí, un pedazo de mosaico allá, siempre rodeando discretamente el símbolo. Sergio, más serio de lo habitual, caminaba un poco por delante, observando los cruces de calles.

—Como si fueras un perro rastreador —bromeó Elena en un descanso.

Él se encogió de hombros.

—Solo estoy viendo por dónde estamos pasando. Algunas de estas calles... —calló de golpe, como si hubiera dicho demasiado.

—¿Qué? —insistió Martina—. ¿Las conoces?

—He estado por aquí en bici alguna vez. Ya está.

Martina frunció el ceño, pero en ese momento la profesora los llamó.

—Vamos a hacer una parada aquí, en esta placita —anunció la Señora Díaz—. Tenéis diez minutos para merendar algo. Luego seguiremos hacia el metro.

Se sentaron en círculo en el suelo, mientras algunos sacaban bocadillos y otros, bolsas de patatas. Elena apenas tenía hambre. No podía dejar de pensar en el mapa que llevaba escondido.

Al final, se levantó y se acercó a la profesora, que revisaba una lista de asistencia.

—Señora Díaz... —empezó, sintiendo un nudo en la garganta—. ¿Es verdad eso que dijo de que los modernistas escondían símbolos?

La profesora levantó la vista, interesada.

—Por supuesto. Era parte del juego. Mensajes políticos, religiosos, personales... Muchos artistas dejaban su marca en

lugares discretos.

Elena respiró hondo.

—¿Y... este símbolo? —Se agachó al borde de la fuente de la plaza, donde había visto de nuevo el círculo con las tres líneas. Lo señaló con el dedo.

La Señora Díaz siguió la dirección de su mano. Durante un segundo, algo pasó por sus ojos. Algo parecido al reconocimiento. Y al miedo.

—Ah... ese —dijo, y su voz sonó de repente más seca.

—Lo hemos visto en varios sitios —se atrevió a añadir Martina, que se había acercado sigilosamente—. En rejas, en bancos... ¿Sabe qué significa?

La profesora sonrió. Fue una sonrisa amplia, pero demasiado tensa.

—Seguro que es solo un motivo decorativo —respondió—. A veces, los obreros que trabajaban en las obras añadían pequeñas formas por diversión.

Sergio, que también estaba allí, intervino.

—Pero se repite exactamente igual en varios sitios. Y algunos no parecen del mismo edificio.

La Señora Díaz se colocó bien las gafas.

—Chicos, está muy bien que tengáis curiosidad, de verdad. Pero no veáis misterios donde no los hay. Hay cientos de símbolos en esta ciudad. No todos esconden un secreto, ¿de acuerdo?

Elena notó que le ardía la cara. No sabía si por vergüenza o por otra cosa.

—Es que... —empezó, metiendo la mano instintivamente en el bolsillo donde estaba el mapa.

Pero la profesora le puso una mano en el hombro, con un gesto amable que no encajaba del todo con la rigidez de su mirada.

—Elena, de verdad, no pasa nada. Sois muy imaginativos, y eso me encanta para clase. Podéis hacer un trabajo sobre símbolos en el modernismo, si queréis. ¿Qué os parece?

Martina dudó.

—¿No lo ha visto antes? —preguntó, señalando de nuevo el círculo.

La Señora Díaz apartó la vista.

—He visto muchos símbolos en mi vida, Martina. Es imposible recordarlos todos. Ahora, acabemos de merendar, que tenemos que llegar puntuales a la Sagrada Familia. No quiero perder el turno de entrada por hablar de... decoraciones.

Se alejó unos pasos, llamando a otros alumnos. Elena, Martina y Sergio quedaron en silencio.

—Nos ha mentido —soltó Martina, con un hilo de voz.

—No lo sabes —replicó Sergio—. A lo mejor de verdad no se acuerda.

—Ha cambiado la cara en cuanto lo ha visto —insistió Martina—. Como si se hubiera asustado.

Elena metió la mano en el bolsillo y rozó el papel.

—Y ha dicho lo de la Sagrada Familia —murmuró—. Justo donde vamos luego.

El bullicio de la clase se reanudó a su alrededor, pero ellos tres se quedaron aparte, como si de pronto hubieran sido empujados fuera de la zona segura.

—Tal vez la “verdadera Sagrada Familia” del mapa tenga que ver con la que veremos hoy —dijo Elena—. Quizá encontremos más símbolos allí.

Sergio miró hacia la profesora, que fingía estar relajada pero no dejaba de echarles pequeñas miradas.

—Y quizá la profe sepa más de lo que dice —añadió, en voz muy baja.

Por primera vez, Elena sintió algo que nunca había sentido respecto a un adulto que conocía bien: desconfianza.

Sombras en la Sagrada Familia

El metro los sacó del laberinto de Gracia y los lanzó de vuelta a una Barcelona más reconocible. Cuando subieron las escaleras hacia la calle, la Sagrada Familia se alzó ante ellos como un bosque de piedra que creciera hacia el cielo.

Elena la había visto muchas veces, de lejos y de cerca, pero nunca como en ese momento. Las torres agujereaban el cielo azul, y las fachadas, cubiertas de figuras y detalles, parecían moverse con la luz.

—Recordad manteneros en grupo —repetía la Señora Díaz, revisando los billetes de entrada—. Dentro habrá mucha gente. Si os perdéis, quedad en la tienda.

Elena apenas la escuchaba. Cada relieve, cada escultura, cada rincón de piedra era, para ella, un posible escondite del símbolo.

—Parece un castillo de arena gigantesco —comentó Martina, abriendo mucho los ojos.

—Y a la vez un esqueleto de algo vivo —murmuró Sergio.

Pasaron los torniquetes y entraron en el interior. La luz, filtrada por las vidrieras de colores, llenaba el espacio de tonos verdes, azules y rojos. Las columnas se alzaban como árboles, dividiéndose en ramas que sostenían el techo.

—Guau —se escapó de la boca de Elena.

A pesar de las veces que había visto fotos, estar allí dentro era otra cosa. Se sintió pequeña, como si estuviera en un bosque antiguo y sagrado.

—Gaudí quería que fuera como un bosque —explicó la señora



Díaz, como si hubiera leído sus pensamientos—. Fijaos en las columnas-árbol, en la luz que entra como si fueran claros entre hojas.

Mientras la clase escuchaba, Elena se fijó en una de las columnas cercanas. Tenía relieves suaves, formas que parecían raíces y ramas. Nada del símbolo. Se giró. Otra columna, otra, otro tramo de pared. Sus ojos se movían inquietos.

—Te vas a marear —susurró Sergio—. Relájate.

—Es que tiene que estar en algún sitio —respondió ella—. El mapa habla de la “verdadera Sagrada Familia”. Algo tiene que haber aquí.

—O debajo —dijo Martina—. Recuerda que dice “duerme bajo Barcelona”. Quizá se refiere a túneles, o a pasadizos.

—Probablemente un trastero lleno de andamios y polvo —bromeó Sergio, pero sus ojos también escaneaban las superficies.

El grupo avanzó hacia una zona acordonada, y la profesora empezó a explicar los diferentes estilos de las fachadas. Los tres amigos se quedaron un poco rezagados, mirando alrededor.

Fue entonces cuando Elena lo vio.

En una columna lateral, no muy alta, hubo un cambio sutil en el relieve. Entre pequeñas formas geométricas, el círculo con las tres líneas aparecía grabado, casi disimulado. No era un añadido reciente; la piedra tenía la misma pátina que el resto.

—Ahí —susurró Elena, señalando con disimulo.

Martina ahogó un grito y se tapó la boca.

—Lo han grabado en la piedra de la Sagrada Familia —dijo, asombrada.

Sergio se inclinó, fingiendo atarse el cordón de la zapatilla, para mirar de cerca.

—No parece nuevo —murmuró—. Esto lleva aquí años.

Debajo del símbolo, muy desgastadas, había unas iniciales apenas legibles y una fecha. Elena entrecerró los ojos.

—Pone... ¿G.P.? ¿O C.P.? No se ve bien —dijo—. Y la fecha... 1909... o 1908. No coincide con las que estudiamos en clase, ¿no?

Martina rebuscó en su mochila y sacó un folleto que les habían dado en el instituto.

—Según esto, Gaudí empezó la Sagrada Familia en 1882 y siguió trabajando durante décadas, pero no pone nada específico de 1909.

—No van a poner cada año —replicó Sergio—. Pero eso no importa. Lo raro es el símbolo, no la fecha.

Elena alargó la mano, dudando, y rozó apenas el grabado con la yema de los dedos. Notó la piedra fría, la hendidura del círculo y las líneas.

En ese momento, sintió que alguien la observaba.

Levantó la vista. A unos metros, detrás de un grupo de turistas, la Señora Díaz los miraba fijamente. Cuando vio que Elena la había descubierto, la profesora sonrió. Una sonrisa cortés, tensa, demasiado perfecta. Luego, se giró hacia otros alumnos, como si nada hubiera pasado.

—Nos ha visto —dijo Elena, con un hilo de voz.

—Y sabe que hemos encontrado algo —añadió Martina.

—O a lo mejor solo cree que somos unos frikis que tocan columnas —intentó quitar hierro Sergio, aunque la rigidez de sus hombros lo delataba.

Mientras se movían con el grupo hacia otra zona, Elena notó otra cosa rara. Entre la multitud de visitantes, un hombre alto con una gorra oscura parecía coincidir con ellos en todos los puntos. Lo había visto en la entrada, luego cerca de una vidriera, ahora no muy lejos de la columna del símbolo.

—¿Veis a ese tío con gorra negra? —susurró—. Creo que nos sigue.

Martina miró disimuladamente.

—Hay mucha gente —dijo—. Igual solo está haciendo la misma ruta que todo el mundo.

Sergio apretó los labios.

—O igual no.

Elena tragó saliva. Entre símbolos misteriosos, profesoras que cambiaban de cara y desconocidos que parecían sombras, la Sagrada Familia se había convertido de pronto en un lugar lleno de peligros invisibles.

Y, sin embargo, sentía que quería seguir, que necesitaba saber qué había detrás de todo aquello, aunque la luz de las vidrieras no lograra disipar del todo las sombras que crecían en su interior.

El mapa desplegado

La visita guiada terminó en la tienda de recuerdos, como casi siempre. Entre imanes, postales y figuritas de las torres, la clase se dispersó en pequeños grupos. Algunos compraban dulces, otros comparaban precios de llaveros.

Elena, Martina y Sergio se refugiaron en un rincón entre dos estanterías, junto a una ventana que daba a la calle. Desde allí se veían las torres recortadas contra el cielo.

—Vale, ya no hay excusas —dijo Martina—. Saca el mapa.

Elena se aseguró de que nadie los mirara y sacó el papel del bolsillo interno de la sudadera. Lo extendió con cuidado sobre una pequeña mesa llena de folletos.

El mapa estaba más descolorido de lo que recordaba. Las líneas parecían temblar un poco, como si hubieran sido



trazadas con prisas. Pero los símbolos del círculo con las tres líneas seguían bien claros.

Sergio apoyó los codos en la mesa.

—Necesitamos situar esto. Aquí está Gracia... —señaló una zona del papel—. Y este punto de aquí debe de ser la placeta donde lo encontramos. Tiene una fuente dibujada.

—Y mira —añadió Elena—, otro símbolo cerca de lo que parece el paseo de Sant Joan. Y otro más hacia abajo, como si se acercara al centro.

Martina sacó su libreta y empezó a copiar el mapa, añadiendo notas al margen.

—La frase... —dijo en voz baja—. “La verdadera Sagrada Familia aún duerme bajo Barcelona”. ¿Y si no se refiere solo a este templo? ¿Y si habla de algo escondido en varios puntos de la ciudad?

—Como... —Sergio dudó, buscando las palabras—, como si hubiera una red de sitios conectados por este símbolo.

—Una especie de... Sagrada Familia secreta, repartida por la ciudad —completó Elena.

Mientras hablaban, la puerta de la tienda se abrió y entró el hombre de la gorra oscura. Se quedó cerca de la entrada, fingiendo mirar postales, pero sus ojos se movieron hacia ellos.

Elena se puso rígida.

—Está aquí —susurró—. El tío de la gorra.

Sergio no giró la cabeza. En lugar de eso, se inclinó más sobre el mapa.

—No miréis de golpe —murmuró—. A ver si va a pensar que somos tontos.

Martina se ocultó un poco detrás de una estantería de libros.

—Quizá viene con otro instituto —intentó decir, aunque su voz no sonó convincente.

Elena dobló el mapa con movimientos torpes.

—Lo guardo —dijo—. No me gusta que esté tan a la vista.

—Espera —la frenó Sergio—. Dame un segundo.

Sacó su móvil y abrió una aplicación de mapas.

—Si conseguimos hacer una foto decente del mapa, podré geolocalizar algunos puntos. Ver qué lugares de la ciudad coinciden con los símbolos.

—¿Sabes hacer eso? —preguntó Elena.

Él se encogió de hombros.

—He estado trasteando con este tipo de cosas. Me gusta saber cómo se conectan las calles. Es útil para moverte rápido.

Elena sintió un pequeño pinchazo, como si esa información tuviera un peso que no terminaba de entender.

—Vale —dijo—. Pero hazlo rápido.

Extendió de nuevo el mapa, lo justo para que Sergio tomara varias fotos desde distintos ángulos.

—Listo —anunció él—. Luego en casa lo ajusto.

La voz de la Señora Díaz sonó por encima del murmullo.

—Chicos, vamos saliendo ya. No compréis más cosas, que el autobús nos espera.

El hombre de la gorra dejó las postales y salió casi al mismo tiempo que la profesora. Elena sintió un escalofrío. ¿Era paranoia, o de verdad les estaba siguiendo?

Mientras salían de la tienda, Martina se acercó a Elena.

—Cuando llegues a casa, escanéalo o algo —le dijo—. Por si se estropea.

—Sí —respondió Elena, apretando el mapa contra su pecho.

En el autobús de vuelta, se sentaron los tres juntos. Algunos compañeros se quejaban del cansancio, otros repetían chistes

sobre las estatuas de las fachadas.

—¿Se lo vamos a contar a alguien? —preguntó Elena en voz baja—. A mis padres, a los tuyos, no sé...

Sergio miró por la ventana.

—Podemos contarles que hemos visto símbolos raros —dijo—. Nadie nos va a creer. Van a decir que es casualidad, que es decoración.

—O que estamos obsesionados —añadió Martina—. Y la profe ya nos ha dicho que no veamos misterios donde no los hay.

Elena se quedó callada. Lo sabía. Y, aun así, el peso del secreto le resultaba extraño.

—Podemos investigar un poco nosotros y, si se vuelve demasiado raro, entonces sí lo contamos —propuso Sergio.

—¿“Demasiado raro” como qué? —preguntó Elena.

Sergio se lo pensó un momento.

—Como cuando empiecen a desaparecer cosas. O personas.

Martina le dio un manotazo en el brazo.

—No seas imbécil.

Elena miró las torres de la Sagrada Familia alejándose por la ventana. En el cristal, su propio reflejo parecía más serio que por la mañana.

—Cuando lleguemos a casa —dijo—, enviamos mensajes. Quiero que veáis lo que saqueis del mapa. Y quiero mirar si ese símbolo sale en internet.

Lo dijo con determinación, aunque por dentro, una voz pequeña susurraba que quizá aquella era la primera vez que tomaba una decisión que podía cambiar algo más que sus notas de clase.

Mensajes de noche

Aquella tarde, después de una cena rápida y silenciosa, Elena se encerró en su habitación con la excusa de tener muchos deberes. Sus padres no sospecharon nada; estaban demasiado ocupados discutiendo suavemente sobre facturas y horarios.

Cerró la puerta y extendió el mapa sobre su escritorio. La luz de la lámpara hacía brillar las arrugas del papel.

Sacó el móvil y abrió el chat del grupo: “Trío Modernista”, nombre que Martina había puesto meses atrás cuando preparaban otro trabajo de clase.

ELENA: Ya lo tengo delante. Manda lo que tengas, Sergio.

A los pocos segundos, la pantalla se llenó de notificaciones.

SERGIO: Estoy todavía ajustando las fotos al mapa de la ciudad.

SERGIO: Pero ya he localizado dos puntos.

MARTINA: ¿Qué puntos?

SERGIO: Uno es la placeta de Gràcia donde lo encontramos. El otro está muy cerca del Passeig de Sant Joan, como habíamos dicho.

ELENA: ¿Y los otros símbolos?

Tardó un poco más en contestar. Durante ese silencio, Elena se levantó y cerró la cortina. De repente, su propia ventana le parecía un ojo indiscreto.

SERGIO: Hay uno más hacia el centro.

SERGIO: Coincide bastante con la zona del Eixample.

MARTINA: El Eixample es enorme, eso no ayuda mucho.

SERGIO: Ya, pero si amplío, parece cerca de una intersección importante. Necesito más tiempo.

ELENA: ¿Y... has mirado lo del símbolo? ¿Si sale en alguna parte?



Pasaron varios minutos. Elena, impaciente, abrió una pestaña del navegador y tecleó: "símbolo círculo tres líneas Barcelona modernismo". Los resultados hablaban de logotipos de bares, símbolos de tráfico, foros de dibujantes. Nada que pareciera histórico.

Su móvil vibró.

SERGIO: He encontrado cosas raras.

El corazón de Elena dio un salto.

ELENA: ¿Qué cosas?

SERGIO: Nada claro. Foros antiguos, blogs medio abandonados. Gente hablando de marcas en edificios de Gaudí, pero sin fotos buenas.

MARTINA: ¿Y no hay ninguna explicación?

SERGIO: Solo teorías locas. Sociedades secretas de arquitectos. Códigos para marcar túneles. Un tío que dice que son señales para un refugio subterráneo.

ELENA: ¿Refugio de qué?

SERGIO: No lo explica. El blog se corta de golpe hace años.

Elena tragó saliva.

MARTINA: Esto parece cada vez más una novela.

ELENA: ¿Y tú desde cuándo buscas estas cosas?

Hubo otro silencio. Esta vez, más denso.

SERGIO: Hace tiempo que veo el símbolo por la ciudad.

ELENA: ¿Cómo que hace tiempo?

MARTINA: ¿Y por qué no dijiste nada?

SERGIO: Porque pensé que era una tontería.

SERGIO: Y porque no quería que pensaseis que estoy paranoico.

ELENA: Pero hoy en clase ya sabías que estaba pasando algo.

En la plaza de Gràcia estabas raro.

MARTINA: ¿Llevas días investigando sin nosotras?

Elena sintió una punzada extraña en el pecho. Una parte de ella admiraba que Sergio hubiera seguido un rastro invisible. Otra parte se sentía excluida.

SERGIO: Solo buscaba por mi cuenta. Nada serio.

MARTINA: Si no fuera serio, no tendrías fotos ajustadas al mapa de la ciudad.

SERGIO: Vale. Me interesaba. Empecé a fijarme hace meses en símbolos raros cuando iba en bici. Este se repetía mucho. Busqué información. Encontré casi nada, pero lo suficiente para pensar que no es casualidad.

ELENA: Y no nos dijiste nada.

SERGIO: No sabía cómo sacarlo sin sonar a loco. Y luego, cuando hoy tú encontraste el mapa, pensé que... no sé. Que igual era una señal.

La palabra “señal” se quedó flotando en la pantalla.

MARTINA: Pues la próxima vez nos lo dices.

MARTINA: No mola enterarse así.

Elena dejó el móvil sobre la mesa y miró el mapa. El papel, silencioso, no daba explicaciones. Pensó en todas las cosas que compartía con Martina y en lo poco que sabía, en realidad, de la vida de Sergio fuera del instituto.

El móvil volvió a vibrar.

SERGIO: Lo siento.

SERGIO: De verdad.

ELENA: Ya está.

ELENA: Pero si seguimos con esto, lo hacemos los tres. Sin secretos.

MARTINA: De acuerdo.

SERGIO: Vale.

Se hizo un silencio extraño, pero menos duro.

ELENA: Mañana después de clase, ¿quedamos?

MARTINA: Yo puedo.

SERGIO: También.

ELENA: En el Eixample. Cerca del cruce que estás investigando.

SERGIO: Os paso la ubicación.

Mientras llegaba el mensaje con el punto exacto en el mapa, Elena se dio cuenta de que había cruzado una línea. Ya no era solo curiosidad escolar. Estaban planeando una investigación por la ciudad, sin adultos, siguiendo un rastro que nadie más parecía ver.

Por primera vez, no se trataba de un deber impuesto. Era una aventura que habían elegido ellos. Y eso, aunque daba miedo, también le hacía sentir extrañamente viva.

Cruces en el Eixample

Al día siguiente, el timbre del instituto sonó al final de la última clase y los pasillos se llenaron de mochilas, risas y carreras hacia la salida. Elena recogió sus cosas con cuidado, sintiendo un cosquilleo de nervios en el estómago.

—¿Lista? —preguntó Martina, apareciendo a su lado con la libreta de dibujo asomando de la mochila.

—Más o menos —respondió Elena.

Sergio los esperaba en la puerta principal, apoyado en la pared, con la sudadera gris y el móvil en la mano.

—El punto está a unos quince minutos andando —dijo, sin rodeos—. Es un cruce grande, del Eixample. Podemos ir por la Diagonal y girar.



—Tú mandas, experto en atajos —bromeó Martina, pero su sonrisa era algo forzada.

Salieron a la calle. El ruido de coches y motos llenó el aire. Caminaron en fila, esquivando gente. Elena miraba cada esquina como si pudiera salir de allí una respuesta.

—¿Has dormido bien? —preguntó Martina de repente.

—Más o menos —dijo Elena—. Soñé con columnas que se movían.

—Yo soñé con mapas que se deshacían cuando los tocaba —confesó Martina—. Supongo que estamos un poco... obsesionadas.

—Yo dormí normal —añadió Sergio—. Pero soñé que llegaba tarde a todo.

—Eso no es un sueño —rió Martina—, es tu vida.

Unos minutos después, llegaron al cruce. Era una intersección amplia, con edificios altos a cada lado, balcones de hierro y tiendas en las plantas bajas. Coches, autobuses, bicicletas, peatones... Un caos organizado típico del Eixample.

—Según el mapa —dijo Sergio, mirando la pantalla del móvil—, el símbolo debería estar en algún sitio de aquí.

Elena giró sobre sí misma, examinando farolas, portales, bancos.

—Hay demasiadas cosas —se quejó—. Podría estar en cualquier parte.

—No en cualquiera —la corrigió Martina—. Piensa como un arquitecto. ¿Dónde pondrías algo que quieres que se vea, pero no a la primera?

—En un sitio donde la gente pasa deprisa —murmuró Elena—. O donde mira, pero no mira de verdad.

Empezaron a moverse por el cruce, tratando de no separarse demasiado. Sergio revisaba portales antiguos, Elena farolas y

bancos, Martina miraba hacia arriba, buscando en balcones y cornisas.

—Nada —dijo Sergio, tras unos minutos—. Aquí solo hay timbres oxidados.

—Yo tampoco —añadió Martina—. A no ser que el símbolo esté disfrazado de maceta.

Elena se detuvo junto a un paso de peatones. Sus ojos se fijaron en algo extraño en el suelo, en la esquina del bordillo. Una tapa de alcantarilla, distinta de las demás, mostraba un diseño complejo. En el centro, casi borrado, el círculo con las tres líneas emergía como una sombra.

—Chicos —llamó—. Venid.

Se agachó, fingiendo atarse el cordón, y pasó la mano por el metal frío.

—Aquí está —susurró.

Sergio se arrodilló a su lado.

—Una tapa de alcantarilla —dijo—. No me lo esperaba.

—Mira el dibujo —insistió Elena—. No es el típico.

Martina se acucilló también, abriendo mucho los ojos.

—Es como un mandala extraño —observó—. Y en el centro, nuestro amigo el círculo.

—Tiene sentido —dijo Sergio—. Si alguien quisiera marcar algo “bajo Barcelona”, las alcantarillas son una buena pista.

En ese momento, un coche se detuvo a pocos centímetros de ellos, y el conductor tocó el claxon.

—¡Eh! ¡Apartaos de la calzada! —gritó, asomando la cabeza por la ventanilla.

Los tres se incorporaron de golpe y se retiraron a la acera, entre risas nerviosas.

—Igual acabamos descubriendo un secreto histórico, pero

antes nos atropellan —dijo Martina.

Elena miró alrededor. En la esquina opuesta, junto a una parada de autobús, una silueta conocida le cortó la respiración: el hombre de la gorra oscura, apoyado en la marquesina, fingiendo mirar el horario.

—Está aquí otra vez —susurró.

Sergio siguió su mirada.

—Puede que sea casualidad —dijo, aunque su tono no lo parecía.

—Demasiadas casualidades —replicó Martina.

—Nos vamos —decidió Elena—. Ya hemos confirmado que el símbolo está en el Eixample. No quiero que piense que ha encontrado algo que no es suyo.

—¿El símbolo? —preguntó Sergio.

—No —respondió Elena—. Nosotros.

Caminaron en dirección opuesta al hombre de la gorra, fingiendo estar tranquilos. Elena sintió su mirada clavada en la espalda durante varios metros, hasta que doblaron una calle.

—Mañana es sábado —dijo Martina, cuando por fin se sintieron a salvo—. Podríamos seguir el mapa más lejos, con más tiempo.

—También podríamos ir a Tibidabo —propuso Sergio, de repente—. Uno de los puntos que he calculado se acerca a la ladera.

—¿Tibidabo? —repitió Elena—. Eso ya es mucha tela.

—Podemos decir que vamos al parque de atracciones —sonrió Martina—. No sería tan raro.

Elena los miró a los dos. Aquella idea la asustaba, pero también la atraía como un imán.

—Lo hablamos esta noche —dijo—. Pero si vamos, tenemos que ir preparados. Ya no es solo mirar símbolos.

Por primera vez, la palabra “peligro” empezó a tomar forma concreta en su cabeza.

Subida a Tibidabo

El sábado amaneció con un cielo claro, de ese azul que parece prometer un buen día. Elena desayunó rápido, intentando parecer normal.

—¿Tenéis planes hoy? —preguntó su madre, mientras miraba el móvil.

—Quedamos para ir al Tibidabo —respondió Elena, como si fuera la cosa más corriente del mundo—. Han abierto una exposición nueva en el parque.

No era del todo mentira; siempre había algo nuevo allí arriba.

Su padre alzó la mirada del periódico.

—¿Solo vosotras?

—Con Sergio también. Ya sabes, el de clase —dijo Elena—. Vamos en bus.

Sus padres intercambiaron una mirada rápida.

—Vale —dijo su madre al final—. Pero nos envías un mensaje cuando lleguéis y cuando bajéis, ¿eh?

—Sí, mamá.

Media hora después, Elena estaba en la parada del autobús con su mochila. Dentro llevaba una botella de agua, una libreta, un bolígrafo, una linterna pequeña que había encontrado en un cajón y el mapa, metido en una carpeta de plástico.

Martina llegó con su eterna libreta de dibujos.

—He traído lápices extras —anunció—. Por si tenemos que copiar cosas.



—Yo he traído una linterna —dijo Elena, levantando la suya.

—Yo he traído algo mejor —afirmó Sergio, apareciendo con una sonrisa torcida y una pequeña mochila negra—. Bocadillos.

—Eso sí es útil —concedió Martina.

El autobús hacia el Tibidabo subió serpenteando por las calles que se pegaban a la montaña. A medida que ascendían, la ciudad se extendía bajo ellos como un tablero: calles rectas, avenidas anchas, edificios que se hacían pequeños.

—Mira —dijo Martina, pegando la cara a la ventana—. Desde aquí parece mentira que nos hayamos fijado en una tapa de alcantarilla concreta.

—Es como si alguien hubiera dibujado una red de puntos invisibles y nosotros solo hemos visto unos pocos —murmuró Elena.

Sergio sacó su móvil.

—Según esto, el punto que coincide con el símbolo está cerca de un mirador, no del parque directamente. Pero igual se ve mejor desde arriba.

Llegaron a la cima. El parque de atracciones, con su noria y su avión rojo, los recibió con el ruido de risas y música lejana. Detrás, la silueta de la iglesia del Sagrat Cor se alzaba como un castillo.

—Vale, plan —dijo Elena, cuando bajaron del bus—. Damos una vuelta por el parque para que parezca que venimos a divertirnos y luego buscamos el mirador.

—Eso suena a excusa para subir a la noria —se burló Sergio.

—No me quejo —sonrió Martina.

Compraron entradas básicas y recorrieron algunas atracciones antiguas. Elena se subió, rió, gritó en una pequeña montaña rusa, pero una parte de su mente seguía pensando en círculos y líneas, en alcantarillas y columnas.

Finalmente, se apartaron del bullicio y caminaron hacia una zona más tranquila, desde donde se veía la ciudad a sus pies.

—Aquí tiene que ser —dijo Sergio, mirando el mapa del móvil—. O muy cerca.

Elena desplegó el mapa físico y trató de comparar las líneas con lo que veían. Barcelona se extendía como un dibujo real.

—Si el símbolo marca puntos conectados —dijo—, desde aquí deberíamos ver algo.

Martina sacó su libreta.

—Voy a dibujar la vista —anunció—. A veces, al dibujar ves cosas que se te escapan.

Elena se acercó al muro de piedra que servía de barandilla del mirador. Apoyó las manos y miró hacia abajo. Desde allí, la Sagrada Familia era una aguja entre muchas. El Eixample se dibujaba como una cuadrícula perfecta.

—Ahí está la alcantarilla del cruce —dijo Sergio, señalando una intersección minúscula—. Y más allá, Gràcia.

—Imposible ver símbolos desde aquí —murmuró Elena.

Se giró para apartarse del muro y notó algo bajo sus manos. Una rugosidad extraña. Se agachó y vio, grabado en la piedra del murete, casi borrado por el tiempo y el clima, el círculo con las tres líneas.

—Aquí también —susurró—. En el mirador.

Martina dejó de dibujar y se acercó.

—Está por todas partes —dijo, con una mezcla de fascinación y miedo.

—Entonces no marca solo sitios subterráneos —reflexionó Sergio—. Marca puntos de vista. Lugares desde donde ves varios de los otros puntos.

Elena acarició el grabado con la yema de los dedos.

—Como si fuera un mapa dentro del mapa —murmuró—. Un sistema para orientarse.

En ese instante, una mano se apoyó suavemente en su hombro. Elena pegó un salto.

—¿Os lo estáis pasando bien? —preguntó una voz conocida.

Se giró. Allí estaba la Señora Díaz, con vaqueros y camiseta, sin la formalidad de clase, pero con la misma mirada alerta.

—¿Profe? —balbuceó Elena—. ¿Qué hace aquí?

La profesora alzó la vista hacia la ciudad.

—También tengo derecho a disfrutar de un sábado, ¿no? —dijo, sonriendo—. He venido con unos amigos. Pero os he visto de lejos y he querido saludar.

Miró fugazmente el murete, demasiado cerca del símbolo. Elena retiró la mano de golpe.

—Pensaba que estaríais con vuestras familias —añadió la profesora—. Me alegra ver que subís al Tibidabo. Es un lugar muy ligado a la historia de la ciudad.

Su tono era ligero, pero sus ojos se clavaron un segundo en Elena, como buscando algo.

—Sí, bueno, queríamos... ver las vistas —respondió Elena, sintiendo que mentía por primera vez a un adulto de forma consciente.

Martina guardó disimuladamente su libreta. Sergio se colocó entre la profesora y el murete, como sin querer.

—Pues disfrutad —dijo la Señora Díaz—. Y cuidadito, ¿eh? No os acerquéis demasiado al borde.

Se despidió con la mano y se alejó. Elena la siguió con la mirada. Vio cómo se reunía con un grupo de adultos junto a una cafetería, pero antes de sentarse, la profesora volvió la vista hacia el mirador, hacia ellos.

—No ha sido casualidad —dijo Martina en voz baja.

—Puede que sí —replicó Sergio—. Tibidabo es un sitio típico.

—Pero nos ha mirado el murete, justo donde está el símbolo —insistió Elena—. Yo lo he visto.

El sol empezaba a bajar, tiñendo la ciudad de tonos dorados. El día que había empezado con juegos se había convertido en una partida mucho más seria.

Y ahora, además del hombre de la gorra, sabían que su propia profesora estaba, de alguna forma, en el tablero.

Confesiones en La Rambla

Bajaron del Tibidabo cuando el cielo empezaba a teñirse de naranja. El autobús los dejó cerca del centro, y decidieron caminar un tramo por La Rambla antes de separarse.

La avenida hervía de gente: turistas haciendo fotos, vendedores ambulantes, estatuas humanas inmóviles como si fueran de verdad de piedra, puestos de flores.

—Siempre me marea este sitio —dijo Martina—. Hay demasiadas cosas pasando a la vez.

—Es como si la ciudad estuviera gritando —añadió Elena.

Sergio, en cambio, caminaba con naturalidad, esquivando grupos y carteristas sin dejar de mirar a su alrededor.

—Aquí es fácil perder a alguien o perderte tú —dijo—. Por eso me gusta. Nadie presta verdadera atención.

Cruzaron frente al mosaico circular de Joan Miró incrustado en el suelo.

—Otro círculo —bromeó Martina—. Pero este sin nuestras tres líneas.

Elena pensó en voz alta.

—¿Y si el símbolo tiene que ver con artistas que quisieron dejar



mensajes más allá de lo que se ve? Gaudí, Miró...

—Miró no tiene nada que ver, Elena —la cortó Sergio, algo brusco—. No veamos conexiones donde no hay.

Elena se mordió el labio. Sentía que cada cosa que decía últimamente encendía una discusión.

Se detuvieron en un quiosco a comprar agua. Mientras la dependienta les daba el cambio, Elena vio reflejado en el cristal del frigorífico algo que hizo que se le parara el corazón: el hombre de la gorra, a unos metros, mezclado con la multitud.

—Otra vez —susurró.

Martina y Sergio se giraron.

—Eso ya no puede ser casualidad —dijo Martina.

—Vale —admitió Sergio—. Tenemos que hacer algo.

—¿El qué? ¿Ponernos a gritar? —preguntó Elena.

—No —respondió Sergio—. Perderle.

—¿Cómo vamos a perder a alguien que nos sigue? —dijo Martina.

Sergio señaló un par de callejones laterales.

—Conociendo mejor la ciudad que él, espero.

Se miraron entre los tres. Luego, asintieron.

—Vale —dijo Elena—. Haz de guía.

Se internaron en un pasaje estrecho que conectaba La Rambla con una calle secundaria. El ruido disminuyó un poco, sustituido por murmullos y el sonido de platos en bares cercanos.

—A la derecha —ordenó Sergio—. Luego cruzamos dos calles y volvemos a salir a una avenida, pero por otro lado.

Elena sentía la adrenalina bombeando. Miró hacia atrás de reojo. Creyó ver la silueta de la gorra doblando la esquina.

—Nos sigue —dijo.

—Pues corremos un poco —propuso Martina.

Aumentaron el paso, luego casi echaron a correr. Esquivaron una terraza, giraron por una calle con tiendas de recuerdos, cruzaron otra vez entre motos aparcadas.

—Por aquí —insistió Sergio, con la respiración entrecortada—. Esta calle hace una especie de S.

Cuando salieron a una plaza más amplia, se detuvieron, jadeando.

—¿Lo ves? —preguntó Elena.

Se giró. Nada. Ni rastro de la gorra entre la multitud.

—Creo que lo hemos perdido —dijo Sergio, aunque sus ojos seguían inquietos.

Se sentaron en un banco de piedra, tratando de recobrar el aliento.

—Odio esto —soltó Martina de repente—. Odiaba el instituto, odiaba los deberes, pero eran cosas normales. Esto no.

—Podemos parar —dijo Sergio—. De verdad. Quemamos el mapa y hacemos como si no hubiera pasado.

—No digas tonterías —respondió Martina—. Ya estamos metidos. Y hay algo grande detrás. Se nota.

Elena miró el suelo. Sus deportivas habían recogido polvo de media ciudad.

—Yo... —empezó, dudando—. No sé si quiero parar o seguir.

Sus amigos la miraron.

—¿Cómo que no sabes? —preguntó Martina.

—Tengo miedo —admitió Elena, sintiendo que las palabras le raspaban la garganta—. De ese tío, de la profe, de que esto termine mal. Y también tengo miedo de volver a mi vida de siempre como si no hubiera descubierto nada.

Sergio se apoyó hacia atrás en el banco.

—Nunca pensé que dirías algo así —comentó—. Tú siempre parecías... tranquila.

—Es que no me conoces tanto —respondió ella—. Solo me ves en clase, escuchando y haciendo los deberes. Pero eso no es todo lo que soy.

Martina bajó la mirada a su libreta.

—Yo... —dijo en voz baja—. Me dio rabia lo de ayer.

—¿Qué de ayer? —preguntó Elena.

—Que Sergio llevara tanto tiempo mirando el símbolo sin decirnos nada —confesó—. Sentí que... que no éramos un equipo de verdad.

Sergio frunció el ceño.

—Ya dije que lo sentía.

—Lo sé —dijo Martina—. Pero no es solo eso. También tengo miedo de que esto te cambie a ti, Elena. De que encuentres algo y entonces... te vayas a otro sitio, a otra gente, y yo me quede con mis dibujos y mis historias.

Elena la miró, sorprendida.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Martina se encogió de hombros.

—Porque eres más valiente de lo que crees. Y yo... no tanto.

Hubo un silencio, roto solo por el murmullo de la plaza.

—Yo también tengo miedo —admitió Sergio, al final—. Pero no quiero que mi miedo decida por mí.

Elena respiró hondo.

—Entonces hacemos una cosa —dijo—. Seguimos, pero juntos. Si alguno quiere parar, lo dice. Sin secretos, sin desaparecer.

—Trato —dijo Martina.

—Trato —repitió Sergio.

Elena extendió la mano al centro. Los otros dos pusieron las suyas encima.

Durante un segundo, en medio de aquella ciudad ruidosa y anónima, fueron solo tres amigos en un banco, agarrados a una promesa frágil pero real.

Elena no lo sabía, pero esa promesa iba a ponerse a prueba antes de lo que imaginaban.

La red bajo la ciudad

Los días siguientes fueron una mezcla extraña de normalidad y secreto. Por la mañana, clases, deberes, exámenes. Por la tarde, mensajes cifrados, búsquedas en internet, pequeños desvíos en sus rutas habituales para comprobar esquinas, portales, plazas.

Sergio se encargaba de la parte técnica. Usaba sus fotos del mapa y de los símbolos para crear una especie de plano digital.

—Mira —dijo una tarde, en la biblioteca del instituto, bajando la voz—. Si uno todos los puntos donde hemos visto el símbolo, sale algo.

Elena y Martina se inclinaron sobre la pantalla del portátil que Sergio había traído “para un trabajo de tecnología”.

El mapa de Barcelona estaba punteado con iconos discretos.

—Aquí Gràcia, aquí el Eixample, aquí la Sagrada Familia, aquí Tibidabo... —iba señalando—. Y algunos puntos más que he marcado donde vi el símbolo antes de todo esto.

—¿Y? —preguntó Martina.

Sergio superpuso unas líneas.

—No están puestos al azar. Si los unes, crean una especie de



figura. No exactamente un círculo, ni un triángulo.

Elena entrecerró los ojos.

—Parece... una flor rara —dijo—. O una estrella deformada.

—Pero fijaos en esto —añadió Sergio—. En el centro de esta especie de flor hay una zona que aún no hemos explorado. Muchos de los puntos se orientan allí.

Martina leyó los nombres de las calles en esa zona.

—Eso está entre el Born y el Gòtic —dijo—. Calles estrechas, edificios viejos.

—Exacto —respondió Sergio—. Justo donde hay más túneles antiguos, restos de murallas, cloacas romanas.

La palabra “cloacas” no sonó precisamente atractiva para Elena, pero a la vez, encajaba con la idea de algo “bajo Barcelona”.

—¿Crees que hay algo allí? —preguntó.

—Si yo quisiera esconder algo durante mucho tiempo —dijo Sergio—, lo pondría en el laberinto más complicado de la ciudad.

Martina apuntó en su libreta.

—Podríamos ir este fin de semana.

—Antes de eso... —Elena dudó—. He estado pensando en la Señora Díaz.

Sus amigos levantaron la vista.

—¿Y si no es nuestra enemiga? —continuó—. Quiero decir, sí, ha ocultado cosas. Pero también podría estar asustada por algo que no puede decir.

—O podría formar parte de lo que sea que encierran esos símbolos —replicó Sergio.

—Eso también —admitió Elena—. Pero si sabe algo, no deja de ser una fuente de información. Y está más cerca que el tío de la

gorra.

Martina jugueteó con su lápiz.

—No me gusta mentir a los adultos —dijo—. Pero tampoco me gusta que ellos nos mientan a nosotros.

—Podemos preguntarle directamente —propuso Elena—. No todo, pero sí algo. Ver cómo reacciona.

—¿Y si nos castiga o avisa a nuestros padres? —dijo Sergio.

—Si solo hacemos preguntas sobre historia del arte y símbolos, no puede castigarnos por tener curiosidad —respondió Elena.

La conversación quedó suspendida cuando la bibliotecaria les pidió que guardaran silencio. Pero la idea ya estaba plantada.

Esa misma semana, al final de una clase, Elena se armó de valor.

—Señora Díaz —la llamó, cuando los demás recogían las mochilas—. ¿Podemos hablar un momento?

La profesora levantó la vista de los exámenes que estaba ordenando.

—Claro, Elena. ¿Pasa algo?

Martina y Sergio se quedaron cerca, fingiendo buscar cosas en sus estuches.

—Es sobre... los símbolos en el modernismo —empezó Elena—. He seguido pensando en lo que dijo.

—Ah —sonrió la profesora, aunque sus ojos se tensaron apenas—. Veo que el tema te interesa.

—Es que hemos visto más veces ese símbolo del círculo con tres líneas —continuó Elena—. Y no parece una casualidad.

La Señora Díaz se quedó un segundo en silencio, con la mano apoyada en la mesa.

—Elena... —dijo al fin—. Hay muchas cosas en la historia del arte que no están en los libros de texto.

—¿Como qué? —preguntó Elena, conteniendo la respiración.

La profesora miró hacia la puerta del aula, como asegurándose de que nadie escuchaba.

—Como redes de artistas que se comunicaban con códigos. Como proyectos que nunca se terminaron. Como nombres que desaparecieron de los documentos oficiales.

—¿Y nuestro símbolo? —se atrevió a preguntar Martina, acercándose—. ¿Pertenece a una de esas redes?

La profesora dudó. Luego, habló más bajo.

—El símbolo que habéis visto aparece en algunos estudios sobre Gaudí y otros arquitectos de su tiempo. Pero casi siempre de manera tangencial. Artículos que se citan poco, tesis olvidadas.

—¿Por qué? —intervino Sergio.

La Señora Díaz se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa.

—Porque cuando la historia oficial se ha ordenado de una manera, no siempre gusta remover lo ya establecido. Y hay convenios tácitos, silencios cómodos.

—¿Está diciendo que hay gente que no quiere que se hable de ese símbolo? —preguntó Elena.

—Estoy diciendo que hay temas que resultan incómodos

—respondió la profesora—. Y que es mejor que tres alumnos de primero de la ESO no se metan demasiado profundo en cosas que arrastran muchos años de secretos.

Sus palabras eran casi un consejo cariñoso, pero su tono tenía un filo de advertencia.

—Pero... —empezó Martina.

La profesora se levantó, dando por terminada la conversación.

—Me alegra que tengáis curiosidad, de verdad —dijo, poniéndose de nuevo las gafas—. Pero ahora tenéis otras cosas de las que preocuparos. Exámenes, trabajos, vuestro

propio futuro. Dejad los fantasmas de Gaudí a los que llevan años estudiándolos.

Elena sintió una mezcla de rabia y decepción.

—¿Y si somos precisamente nosotros los que hemos encontrado algo que nadie más ha visto? —preguntó, sin poder contenerse.

La Señora Díaz la miró con una expresión extraña, entre orgullo y miedo.

—Entonces tendríais que pensar muy bien qué hacer con ello

—dijo—. Porque hay descubrimientos que abren puertas que luego no se pueden cerrar.

La frase se quedó colgando en el aire.

Cuando salieron al pasillo, Martina explotó.

—Nos trata como si fuéramos niños pequeños —se quejó.

—Lo somos —respondió Sergio—. Pero eso no significa que no tengamos derecho a saber.

Elena pensó en la zona central del mapa, entre el Born y el Gòtic, en las cloacas romanas, en los símbolos grabados.

—Este fin de semana —dijo—. Vamos al centro. Si hay una puerta ahí, quiero verla con mis propios ojos.

El laberinto del Gòtic

El sábado siguiente, la ciudad parecía otra. No por el tiempo, que seguía siendo templado, sino por la manera en que Elena la veía. Cada esquina del centro, cada piedra antigua del Barrio Gótico, le parecía parte de un código.

Quedaron frente a la catedral, rodeados de turistas y palomas.

—Pues ya estamos —dijo Sergio, mirando el mapa de su móvil—. Según mis cálculos, el centro de la figura que forman los



símbolos está a unos minutos de aquí.

—¿Y qué hay allí? —preguntó Martina, ajustándose la mochila.

—Oficialmente, nada especial —respondió Sergio—. Calles normales, algún palacio antiguo, un par de plazas pequeñas.

—Oficialmente —repitió Elena.

Se internaron en las calles del Gòtic. Las fachadas viejas parecían inclinarse sobre ellos. Ventanas con rejas, portones de madera, balcones estrechos con ropa tendida.

Sergio caminaba delante, girando aquí y allá con seguridad sorprendente.

—Por aquí hay un atajo —explicó—. Esta calle hace una curva rara pero te acaba llevando al mismo sitio.

—¿Cuántas veces has venido por aquí solo? —preguntó Martina.

Sergio se encogió de hombros.

—Unas cuantas. Me gusta perderme para luego encontrar el camino.

Doblaron una esquina y aparecieron en una plaza pequeña, casi vacía, con un árbol en el centro. Una fuente de piedra emitía un hilo de agua. En una de las paredes, viejas marcas de metralla recordaban tiempos de guerra.

—Esta plaza sí que es especial —dijo Martina—. La he estudiado en clase de historia.

Elena se acercó a la fuente. Pasó la mano por la piedra. Nada. Miró al suelo, a las paredes, a las escaleras.

—Aquí no está —murmuró.

—No tiene por qué estar en cada sitio —dijo Sergio—. El centro geométrico no es necesariamente un punto marcado.

—Pero tiene que haber algo —insistió Elena—. Una pista, una marca, lo que sea.

Mientras los otros dos buscaban, Martina se apartó hacia un portal lateral. La puerta de madera estaba algo abierta, mostrando un pequeño patio interior.

—Eh —llamó—. Mirad esto.

Entraron con cautela. El patio era estrecho, con balcones asomándose desde arriba. En el suelo, unas antiguas piedras formaban un dibujo geométrico.

En el centro, incrustado entre las losas, estaba el símbolo: el círculo con las tres líneas, hecho con piedra más oscura.

—Lo sabía —susurró Elena.

Se agachó y tocó el frío del suelo.

—Este tiene más detalle —observó Martina—. Las líneas parecen... caminos.

Sergio sacó el móvil y tomó varias fotos desde distintos ángulos.

—Esto no es una broma moderna —dijo—. Está bien integrado en el diseño del patio.

En una esquina, una pequeña puerta de madera, baja, casi oculta tras unas macetas, llamó la atención de Elena.

—¿Y eso? —preguntó.

Se acercó. La puerta tenía un viejo candado oxidado, pero alguien había pasado por allí no hacía tanto: las macetas mostraban tierra removida.

—Parece una antigua entrada a un sótano o algo —dijo Martina. Elena miró a sus amigos.

—¿Creéis que...?

—No vamos a forzar un candado en medio del Gòtic un sábado por la tarde —la interrumpió Sergio—. No somos ladrones.

—Podríamos preguntar —sugirió Martina—. Fingir interés por la historia del edificio.

Mientras hablaban, una voz surgió de uno de los balcones.

—¿Buscáis algo?

Los tres dieron un respingo. Una mujer mayor, con el pelo blanco recogido en un moño, los observaba desde arriba.

—Perdón —dijo Elena—. Solo... nos gustaba el patio.

La mujer sonrió levemente.

—No sois los primeros que venís a mirar ese dibujo del suelo —dijo—. Gente con cuadernos, cámaras, mapas... Siempre acaban aquí.

—¿Sabe qué significa? —preguntó Martina, señalando el símbolo.

La anciana frunció el ceño, como si dudara.

—Dicen que es un signo de protección —respondió al final—. Algo que dejaron hace muchos años para marcar un lugar seguro cuando la ciudad ardía.

—¿Seguro de qué? —inquirió Sergio.

—De la guerra, de las bombas, de quienes mandaban demasiado —dijo la mujer—. No lo sé. Yo ya nací con esa piedra ahí.

Elena miró la pequeña puerta con candado.

—¿Y esa puerta? —preguntó—. ¿Lleva a algún sitio?

—Al sótano del edificio —contestó la anciana—. Y más abajo hay túneles viejos, eso dicen. Pero ahora está todo cerrado. Demasiados turistas curiosos.

—¿Y quién tiene la llave? —se atrevió a preguntar Martina.

La mujer pensó un momento.

—El administrador del edificio. O quizá nadie. A veces, es mejor que ciertas puertas sigan cerradas.

Sus palabras resonaron en el pequeño patio.

—Bueno, ya habéis visto vuestro dibujo —añadió—. Ahora, si no os importa, algunos vecinos queremos la tarde tranquila.

Elena sintió un leve rubor en las mejillas.

—Perdón —dijo—. Gracias por contarnos.

Salieron de nuevo a la plaza. El bullicio del Gòtic parecía más lejano allí dentro.

—Protección —repitió Elena—. Refugios. Túneles.

—Y gente con mapas que viene hasta aquí —añadió Sergio—. No somos los primeros.

—Pero puede que seamos los primeros con este mapa concreto —dijo Martina, tocando la carpeta en la mochila de Elena.

Se quedaron un momento en silencio, conscientes de que algo se movía bajo sus pies, bajo la ciudad, aunque aún no pudieran verlo.

—Si hay una entrada a esa red de túneles —dijo Elena—, debe de estar marcada con el símbolo de alguna forma.

—Y ahora sabemos que no estamos locos —añadió Sergio—. Otros han seguido este rastro.

Lo que no sabían aún era si aquellos otros habían encontrado lo que buscaban... o si se habían perdido para siempre bajo Barcelona.

Puertas que no deberían abrirse

Esa noche, el sueño le costó más que nunca a Elena. Cada vez que cerraba los ojos, veía la pequeña puerta con candado en el patio del Gòtic, y debajo de ella, un laberinto de túneles oscuros. También veía el rostro de la señora mayor y escuchaba sus palabras: “A veces, es mejor que ciertas puertas sigan cerradas”.

El domingo, se encontraron de nuevo, esta vez en la biblioteca pública del barrio.

—He buscado artículos sobre refugios y túneles de Barcelona —dijo Martina, extendiendo sobre la mesa varias fotocopias—. Durante la Guerra Civil, se construyeron un montón de refugios antiaéreos bajo las calles.

—Algunos se pueden visitar —añadió Sergio—. He estado en uno con el instituto.

—Pero otros se tapiaron —continuó Martina—. Y nadie sabe bien todas las entradas que había. Algunos se comunicaban con cloacas más antiguas.

Elena se frotó la frente.

—¿Dónde entra Gaudí en todo esto?

Sergio señaló uno de los documentos.

—Aquí hay una mención a obreros que trabajaban tanto en obras de Gaudí como en obras públicas subterráneas. Gente que se movía entre los dos mundos, el de arriba y el de abajo.

—Y si esos obreros pertenecían a una especie de grupo que usaba el símbolo —dijo Martina—, podrían haber marcado tanto edificios como refugios.

Elena recordó la frase del mapa: “La verdadera Sagrada Familia aún duerme bajo Barcelona”.

—Quizá se refiere a una estructura subterránea —murmuró—. Algo construido con la misma idea que la basílica, pero oculto.



—O a una red de refugios conectados con símbolos religiosos —añadió Sergio—. O puede que sea solo una metáfora exagerada.

—Decidid —dijo Elena, mirándolos a los dos—. ¿Hasta dónde queremos llegar?

Martina jugó con el borde de un papel.

—No quiero quedarme con la duda toda la vida —dijo al final—. Si hay una puerta, quiero saber qué hay detrás.

—Yo también —admitió Sergio—. Pero no podemos bajar a túneles solos sin avisar a nadie.

—No vamos a bajar a ningún túnel —aclaró Elena—. Solo queremos encontrar la entrada. Verla. Confirmar que existe algo más que símbolos bonitos.

Martina asintió.

—Podríamos buscar otra posible entrada —propuso—. Quizá alguna menos vigilada que la del Gòtic.

—Según mi mapa —dijo Sergio—, hay una concentración de símbolos cerca de la Sagrada Familia. No solo en la basílica, sino en las calles de alrededor.

Elena sintió un escalofrío.

—Ya hemos estado allí.

—No en todas las calles —la corrigió Sergio—. Y hay muchas casas modernistas cerca. Patios interiores, portales...

—Y la profe se mueve por esa zona —añadió Martina—. La vi una vez saliendo de un portal cerca de allí.

—¿Por qué no me lo habías contado? —preguntó Sergio.

—No pensé que fuera importante —respondió Martina, encogiéndose de hombros—. Veo a la profe en muchos sitios.

Elena se mordió el labio.

—Entonces, la próxima vez que vayamos a la Sagrada Familia...

—empezó.

—No hay “próxima vez” oficial —dijo Sergio—. La excursión ya fue.

—Pero es un sitio turístico —replicó Martina—. Podemos ir como cualquier visitante.

Se miraron, conscientes de lo que eso significaba: colarse, en cierto modo, en la vida de Gaudí y en la rutina de su profesora.

—Lo hacemos —dijo Elena—. Pero con un límite. Si vemos algo que implique peligro real, nos retiramos. Y si hay alguien en peligro, avisamos a un adulto. No somos héroes de película.

—Ni queremos serlo —murmuró Sergio.

Acordaron encontrarse el miércoles por la tarde, aprovechando que no tenían extraescolares.

Cuando el día llegó, la Sagrada Familia los recibió con colas de turistas y el murmullo de cientos de idiomas. Compraron entradas sencillas con el dinero que habían ahorrado.

—No me creo que esté gastando mis ahorros de cómics en esto —se quejó Sergio, aunque en realidad se le notaba tenso.

—Piensa que es la mejor historia que podemos vivir —respondió Martina.

Entraron. El interior era tan imponente como la primera vez, pero esta vez no siguieron la ruta marcada. Se mantuvieron cerca de los bordes, observando portales laterales, puertas pequeñas, escaleras que bajaban.

Elena recordó la puerta lateral por donde habían visto entrar a trabajadores el día de la excursión. Ahora estaba cerrada, pero a su lado, en la pared, el símbolo aparecía grabado, aún más claro ahora que sabía buscarlo.

—Mirad —susurró—. Aquí también.

En un descanso de un tramo de escaleras, otra puerta metálica mostraba el símbolo pintado en pequeño, casi borrado.

—Debe de ser alguna señal interna de los obreros —dijo Sergio.

—O de quienes sabían de los túneles —añadió Martina.

En uno de los pasillos menos transitados, vieron una puerta lateral entreabierta. De dentro venía una corriente de aire fresco y un olor a humedad y piedra.

—Por ahí bajan al museo y a las partes menos turísticas —comentó Sergio.

Elena se acercó unos pasos. A través de la rendija, vio unas escaleras descendiendo. Y, justo al principio del rellano, pintado discretamente en el suelo, el símbolo.

—Está ahí —susurró.

—No podemos bajar —dijo Martina, sujetando a Elena del brazo—. No sin permiso.

—Lo sé —respondió Elena—. Pero... ahora sé que es real. Que hay algo ahí abajo.

En ese momento, oyeron pasos detrás de ellos. Se giraron. La Señora Díaz estaba allí, con una carpeta en la mano y un pase colgando del cuello. Llevaba cara de haberlos estado buscando.

—Sabía que os vería aquí tarde o temprano —dijo, sin preámbulos.

Elena sintió que se le helaba la sangre. Sergio dio un paso atrás. Martina apretó su libreta contra el pecho.

—Profe... —empezó Elena.

La profesora alzó una mano para que callara.

—No voy a preguntaros cómo habéis entrado ni por qué. Ya me lo imagino. Y no voy a echaros la bronca aquí, delante de todo el mundo.

Se acercó a la puerta entreabierta y la cerró suavemente.

—Lo que sí voy a deciros es esto —continuó—: hay cosas ahí

abajo que no están preparadas para ser visitadas por cualquiera. Ni siquiera por muchos adultos. Obras, estructuras, historia... y también sombras.

—¿Usted ha bajado? —preguntó Sergio.

La mirada de la profesora se endureció.

—He leído más de lo que debería y he visto cosas que preferiría olvidar —dijo—. Y sé que hay gente interesada en que ciertas partes de esta ciudad sigan siendo solo rumores.

—¿Como el hombre de la gorra que nos sigue? —soltó Martina, de golpe.

La profesora parpadeó.

—Así que ya lo habéis notado —murmuró—. No es un buen signo.

Volvió a mirarlos, uno por uno.

—Os voy a decir algo que probablemente no debería —añadió—. Algunos de los que custodian estos secretos creen que lo hacen por el bien de la ciudad. Otros... por el suyo propio. No todos son peligrosos. Pero algunos no dudarían en asustar a tres críos curiosos.

—No somos críos —protestó Elena, aunque su voz tembló un poco.

La Señora Díaz la observó con una mezcla de severidad y cariño.

—Sois lo bastante mayores para hacer preguntas difíciles —admitió—. Pero también lo bastante jóvenes para no ver aún todas las consecuencias.

Se inclinó hacia ellos.

—Os pido una cosa —dijo—. Si decidís seguir, hacedlo con cuidado. Y si en algún momento sentís que no podéis controlar la situación, venid a mí. No prometo tener todas las respuestas, pero sí que no miraré hacia otro lado.

Sus palabras los sorprendieron. No era una prohibición absoluta, ni una orden de detenerse. Era... casi un pacto.

—¿Por qué nos ayuda? —preguntó Elena.

La profesora sonrió, pero en sus ojos asomaba algo triste.

—Porque cuando tenía vuestra edad, también encontré algo que no encajaba con lo que me enseñaban en clase

—confesó—. Y nadie me creyó. Me habría gustado tener a alguien que me escuchara.

La revelación los dejó en silencio.

—Ahora —añadió ella, enderezándose—, voy a hacer como que no os he visto en un pasillo en el que no deberíais estar. Volved con los turistas. Mirad las vidrieras. Disfrutad de lo que sí se puede ver.

Y, sin darles tiempo a reaccionar, se alejó por otro pasillo, dejando tras de sí un eco de pasos y muchas más preguntas que respuestas.

El eco de los pasos

Salieron de la Sagrada Familia con la sensación de que el aire de la calle era más denso que el del interior. El sol de la tarde iluminaba las fachadas, pero en la cabeza de Elena todo eran sombras.

—No me creo que la profe nos haya dicho eso —dijo Martina—. Es como si supiera perfectamente lo que estamos haciendo.

—Lo sabe —respondió Sergio—. Y aun así no nos ha obligado a parar.

—Nos ha advertido —matizó Elena—. Y nos ha ofrecido ayuda... si hace falta.

Se sentaron en un banco del pequeño parque frente a la basílica. Los turistas seguían haciendo fotos. Los niños corrían



detrás de palomas. La vida continuaba como si nada.

—¿Os dais cuenta de que ya no es solo un juego? —dijo Elena, sin apartar la vista de las torres—. Hay adultos metidos. Gente que nos observa. Profesores que se contradicen.

—Y puertas que llevan abajo —añadió Martina.

—Y un mapa viejo que alguien escondió detrás de un azulejo —recordó Sergio.

Se quedaron en silencio, como si cada uno estuviera poniendo en orden sus propios miedos.

—He estado pensando en una cosa —dijo Elena de pronto—. ¿Y si el objetivo no es encontrar un tesoro ni una sala secreta espectacular? ¿Y si el verdadero secreto es... una historia distinta de la que nos han contado?

—¿Una historia de quién? —preguntó Martina.

—De Gaudí, de la ciudad, de la gente que trabajó en la sombra —respondió Elena—. De los que crearon esos símbolos para proteger algo, o para comunicarse entre ellos.

Sergio apoyó los codos en las rodillas.

—Entonces lo que está en juego no es solo un lugar —dijo—. Es la versión de Barcelona que conocemos.

Elena asintió.

—Y tal vez por eso hay gente que no quiere que se remueva demasiado.

Mientras hablaban, un sonido familiar llegó a sus oídos: pasos firmes sobre el pavimento, un ligero tintineo metálico.

Se giraron al unísono. El hombre de la gorra oscura estaba al otro lado de la calle, apoyado en una farola. No los miraba directamente, pero su presencia se sentía como un foco de calor en la nuca.

—Otra vez —susurró Martina.

—Fuera de La Rambla, fuera de Tibidabo, aquí... —enumeró Sergio—. Ya es oficial: nos sigue.

Elena sintió el corazón acelerarse.

—Si corremos, va a ser más obvio —dijo—. Si nos quedamos, también.

—Podemos entrar en una cafetería —sugirió Martina—. Hay más gente, más ojos.

—Y cámaras —añadió Sergio—. No creo que quiera hacer nada raro con tantos testigos.

Se levantaron y cruzaron hacia un bar cercano. Elena notó cómo el hombre de la gorra se despegaba de la farola y empezaba a andar en la misma dirección, manteniendo distancia.

Entraron en la cafetería, se sentaron junto al ventanal y pidieron bebidas.

—No tenemos pruebas de que sea peligroso —dijo Sergio, removiendo el vaso con la pajita—. Solo que aparece en los mismos sitios que nosotros.

—Eso ya es bastante inquietante —replicó Martina.

Elena no los escuchaba del todo. Estaba observando a través del cristal. El hombre no había entrado en el bar. Se había quedado fuera, fingiendo mirar su móvil, pero de vez en cuando levantaba la vista hacia la puerta.

—Voy a hacer una cosa —dijo Elena, de golpe—. No me dejéis sola.

Se levantó y se acercó al mostrador, como si fuera a preguntar algo. Luego, en vez de volver directamente a la mesa, salió por la puerta lateral del bar, que daba a una calle perpendicular.

Martina y Sergio la siguieron, desconcertados.

—¿Qué haces? —preguntó Sergio.

—Si siempre huimos, nunca sabremos quién es —respondió

Elena—. Mejor enfrentarlo en un lugar abierto.

Dieron la vuelta a la esquina y se encontraron cara a cara con él. El hombre parpadeó, sorprendido de verlos tan cerca.

Era alto, de unos cuarenta y tantos, con barba de unos días y ojos claros. La gorra le hacía sombra en la frente.

—Hola —dijo Elena, con la voz más firme de lo que se sentía por dentro—. ¿Por qué nos sigue?

El hombre abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir.

—No os sigo —respondió al final—. Os observo.

—Qué alivio —ironizó Martina.

—¿Quién es usted? —preguntó Sergio, dando un paso adelante.

El hombre suspiró.

—Me llamo Raúl —dijo—. Trabajo... en temas de patrimonio histórico.

—Eso puede significar muchas cosas —respondió Elena—. ¿Es usted policía? ¿Guarda de museo? ¿Espía de Gaudí?

Una sonrisa fugaz cruzó el rostro del hombre.

—Nada tan emocionante —dijo—. Formo parte de un grupo de investigación sobre la Barcelona subterránea. Y sé reconocer a alguien que ha encontrado algo que no debería.

Elena sintió un escalofrío.

—El mapa —murmuró.

Raúl asintió.

—Hace años que circulan copias, rumores, referencias —explicó—. Pero el original desapareció. Y alguien... —miró directamente a Elena— lo escondió tan bien que casi se pierde para siempre.

—Hasta que yo lo encontré —dijo Elena, más para sí misma que para él.

—Hasta que tú lo encontraste —confirmó Raúl—. Y desde entonces, habéis seguido las marcas como piezas de un puzzle. No sois los primeros niños listos que se fijan en los símbolos, pero sí los primeros que tienen en sus manos el diagrama completo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Martina.

Raúl se miró los zapatos, como si eligiera las palabras.

—Significa que lleváis una llave que mucha gente quería. Algunos para estudiar la verdad de lo que hay ahí abajo. Otros para borrarla, o venderla al mejor postor.

—¿Y usted de cuál es? —preguntó Sergio.

Raúl los miró, uno a uno.

—Del primer grupo —dijo—. O eso intento. Trabajo con investigadores como vuestra profesora Díaz, aunque a veces no estemos de acuerdo en los métodos.

Elena se quedó helada.

—¿Con la profe? —repitió.

—No os ha contado todo, ¿verdad? —sonrió Raúl, sin alegría—. Ella eligió quedarse en la superficie, enseñar lo que se puede mostrar sin líos. Yo... decidí seguir bajando.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Qué hay bajo Barcelona? —preguntó Elena, al fin.

Raúl respiró hondo.

—Refugios de guerra, cloacas romanas, túneles de servicio...

—enumeró—. Pero también restos de proyectos inacabados, cámaras olvidadas, pruebas de que la historia no es tan limpia como nos la cuentan.

—¿Y una “verdadera Sagrada Familia”? —se atrevió a decir Martina.

Raúl la miró con sorpresa.

—Así que también habéis leído eso —dijo—. Algunos creemos que Gaudí, o al menos parte de su equipo, diseñó una estructura subterránea que nunca se llegó a completar oficialmente. Un santuario, un refugio, nadie lo sabe. El mapa apunta a algo en esa dirección.

—¿Y por qué no bajan ustedes? —preguntó Sergio—. ¿Por qué no lo resuelven y nos dejan en paz?

Raúl sonrió con tristeza.

—Creéis que no lo hemos intentado —respondió—. Pero muchas entradas están tapiadas, protegidas por leyes, por intereses económicos, por miedo. Y quizá por algo más.

Al pronunciar esas últimas palabras, un eco lejano de pasos resonó en la calle. Un grupo de turistas dobló la esquina y los miró fugazmente, sin interés.

—No tenéis que cargar con esto —dijo Raúl—. Podéis darme el mapa. Yo me encargo. Vosotros volvéis a vuestra vida, y aquí no ha pasado nada.

Elena sintió el peso invisible del papel en su mochila. Miró a sus amigos. Martina la observaba con ojos muy abiertos. Sergio tenía la mandíbula apretada.

En aquel momento, entendió que la decisión que tomara no solo cambiaría quizá una historia enterrada, sino también lo que eran los tres, juntos.

Y que ya no había adultos que pudieran elegir del todo por ellos.

Elena notó que las manos le sudaban. Quiso secárselas en la sudadera, pero estaban ocupadas agarrando las correas de la mochila con fuerza.

—No es tan fácil —dijo al fin—. No podemos simplemente darte algo que ni siquiera entendemos.

Raúl la observó con atención.

—Precisamente porque no lo entendéis —respondió—. Esto es demasiado grande para vosotros.

—Eso nos lo han dicho toda la vida —intervino Martina—. Que somos demasiado pequeños para muchas cosas.

—Y a veces es verdad —replicó Raúl—. Hay peligros muy reales ahí abajo.

Sergio dio un paso adelante.

—¿Qué garantías tenemos de que, si te lo damos, harás lo correcto? —preguntó—. Ni siquiera sabemos quién te paga.

Raúl esbozó una media sonrisa.

—Tendríais que confiar en mi palabra —dijo.

—Pues ese es el problema —añadió Elena—. Que ya no confiamos en la palabra de los adultos porque sí.

El silencio se volvió espeso. El tráfico sonaba de fondo, lejano.

—No queremos jugar a ser héroes —continuó Elena—. Pero tampoco queremos desentendernos como si esto no fuera con nosotros. Hemos visto los símbolos, los túneles, hemos escuchado historias. Aunque te diéramos el mapa, ya no podríamos olvidar.

Raúl la miró con algo que se parecía al respeto.

—Entonces, ¿qué proponéis? —preguntó.

Elena tragó saliva.



—Seguir —dijo—. Un poco más. No hasta el final, quizá. No hasta donde haya peligro físico serio. Pero lo suficiente como para entender qué es lo que mucha gente ha querido ocultar.

—Y luego decidir —añadió Martina—. No ahora, sino cuando sepamos más.

—No queréis soltar el mapa —interpretó Raúl.

—No todavía —dijo Sergio.

Raúl suspiró.

—Sois cabezotas —comentó.

—Nos lo han dicho antes —sonrió Martina, sin humor.

Raúl los miró en silencio unos segundos más.

—De acuerdo —dijo al fin—. No puedo obligaros. Y tampoco quiero que desaparezcáis un día en algún agujero. Eso no le conviene a nadie.

Sus palabras enviaron un escalofrío por la espalda de Elena.

—Os propongo otra cosa —continuó—. Quedaos con el mapa, pero dejad que os diga algo sobre el lugar al que apunta.

Los tres asintieron, casi al mismo tiempo.

—La mayoría de las marcas —explicó Raúl— señalan puntos de la ciudad conectados por rutas subterráneas usadas en diferentes épocas. Pero hay una concentración especial bajo esta misma zona.

Señaló hacia la Sagrada Familia, cuyas torres se veían por encima de los edificios.

—Algunos planos antiguos mencionan cámaras de cimentación más amplias de lo normal, galerías que se proyectaron y luego no se construyeron oficialmente. Un “corazón” bajo la basílica que nunca se abrió al público.

—La verdadera Sagrada Familia —susurró Elena.

—O lo que queda del intento —dijo Raúl—. No sabemos si es

algo físico impresionante o solo un símbolo excesivamente poético. Pero mucha gente ha proyectado sus miedos y sus ambiciones sobre ese vacío.

—¿Y la puerta? —preguntó Sergio.

—Hay varias posibles entradas —respondió Raúl—. Algunas tapiadas desde hace décadas. Otras vigiladas por motivos “de seguridad”.

—Como la del pasillo donde nos vio la profe —dijo Martina.

Raúl asintió.

—Esa es una —confirmó—. Y hay otra más discreta, usada antiguamente por obreros y ahora casi olvidada. No os voy a decir dónde está.

—¿Entonces de qué sirve todo esto? —protestó Martina.

—Os lo digo porque quiero que entendáis que hay una capa de la ciudad que no veis, pero que existe —respondió Raúl—. Y porque, si algún día decidís darme el mapa o dárselo a vuestra profesora, sabréis que no lo habéis perdido en vano.

Elena sintió un peso doble: el de la responsabilidad y el de la frustración.

—¿Y si alguien menos “bueno” que usted viene a buscarlo?
—preguntó.

Raúl se encogió de hombros.

—Por eso os sigo —admitió—. No solo para pedirlos el mapa, sino para asegurarme de que nadie más os arrincona.

—¿Como un guardaespaldas involuntario? —bromeó Sergio, a medias.

—Algo así —sonrió Raúl.

La conversación fue interrumpida por el sonido de unas campanadas lejanas. Elena miró el reloj.

—Tengo que irme —dijo—. Mis padres se preocupan si no

mando mensaje.

Raúl asintió.

—Idos a casa. Sed adolescentes normales durante unas horas. Haced deberes, ved series, pelead por el mando de la tele —dijo—. Y pensad. No toméis decisiones grandes con el estómago vacío.

Se despidieron sin promesas. Raúl se perdió entre la multitud, y ellos tres caminaron juntos hacia la parada de metro.

En el vagón, Elena se miró en el reflejo de la ventana. Se vio a sí misma con la sudadera azul, la mochila, el pelo algo revuelto. Parecía una chica cualquiera volviendo de pasar el día en el centro.

Pero por dentro, se sentía como si hubiera cruzado una puerta invisible.

Esa noche, extendió el mapa sobre la cama. Sus dedos siguieron las líneas como si fueran ríos.

Podía darle el papel a Raúl. Podía romperlo, quemarlo, escanearlo mil veces. Podía dejarlo de nuevo detrás del azulejo en Gràcia.

En lugar de eso, cogió un lápiz y, en un margen, escribió con letra pequeña: “No quiero que nadie decida por mí qué vale la pena recordar y qué es mejor olvidar”.

Luego, dobló el mapa y lo guardó otra vez en su carpeta, como quien esconde un diario.

Sabía que se acercaba un final. Tal vez no un final claro, ni espectacular, pero sí un punto en el que tendría que elegir entre abandonar el laberinto o entrar un paso más.

Y, aunque le daba miedo, también sabía que, cuando llegara ese momento, no estaría sola.

Lo que permanece bajo Barcelona

El último día del trimestre, el instituto olía a vacaciones inminentes. Los pasillos estaban llenos de ruido, de planes para las fiestas, de intercambios de regalos mediocres.

En la última hora, les devolvieron los exámenes de historia del arte. Elena vio un 8,5 en la esquina de su hoja. Martina sacó un 10. Sergio, un 7 que celebró como si fuera un milagro.

—No está mal para alguien que se pasó las tardes persiguiendo símbolos —comentó Martina.

La Señora Díaz hizo un breve discurso sobre el esfuerzo y la curiosidad. Cuando terminó, pidió la atención de la clase.

—Antes de irnos —dijo—, quiero recordaros que la historia del arte no es solo lo que viene en los libros. Es también lo que se esconde en las calles, en los edificios, en las decisiones que se tomaron y en las que no se tomaron.

Sus ojos se cruzaron un instante con los de Elena.

—Y que a veces, hacer preguntas es tan importante como encontrar respuestas —añadió.

El timbre sonó. La clase se deshizo en segundos.

Elena, Martina y Sergio se quedaron rezagados.

—Profe —dijo Elena, acercándose al escritorio—. Queríamos... darle esto.

Sacó de la mochila un sobre de papel. Dentro no estaba el mapa original, sino una copia que habían hecho con mucho cuidado en la impresora de la biblioteca. Habían envejecido el papel con una infusión de té para que se pareciera al verdadero.

La profesora lo miró, sorprendida.

—¿Qué es? —preguntó.

—Una parte de lo que encontramos —respondió Elena—. No



todo. Pero lo suficiente para que sepa que confiamos un poco más en usted que hace unas semanas.

La Señora Díaz miró sus rostros serios, luego el sobre.

—Gracias —dijo, con sinceridad poco habitual—. Lo estudiaré... con cuidado.

—Y sin meternos en líos, si puede ser —añadió Sergio.

Ella sonrió.

—Haré lo que pueda —prometió.

Salieron del aula con una extraña ligereza. No lo habían contado todo, pero tampoco se lo habían quedado todo. Era un equilibrio imperfecto, pero suyo.

Esa tarde, volvieron a la pequeña plaza de Gràcia donde todo había empezado. El sol de invierno era más frío, pero el lugar seguía teniendo el mismo banco de azulejos, la misma fuente, la misma farola con el símbolo.

—Parece otro sitio —dijo Martina—. Y es el mismo.

Elena se arrodilló junto al banco y tocó el azulejo descolocado.

—Aquí —murmuró—. Aquí estaba escondido.

Sergio se sentó en el respaldo del banco.

—¿Qué vas a hacer con el original? —preguntó.

Elena sacó la carpeta de su mochila. Abrió un compartimento interior que antes usaba para apuntes de mates. El mapa, doblado, seguía allí.

—He pensado mucho en eso —respondió—. Podría dárselo a Raúl, o a la profe, o llevarlo a un museo.

—¿Y? —preguntó Martina.

—Y he decidido que, por ahora, se queda conmigo —dijo Elena—. No como un tesoro escondido, sino como una responsabilidad. Si algún día hay un momento en el que de verdad haga falta enseñarlo para evitar algo malo o para

arreglar algo, lo haré. Pero no quiero que nadie lo use para cerrar más puertas o para ganar poder.

Sergio asintió lentamente.

—Suenas pretencioso —admitió—. Pero también justo.

Martina sonrió.

—Eres más heroína de lo que querías ser —dijo.

—No soy una heroína —negó Elena—. Solo soy alguien que encontró un papel detrás de un azulejo y decidió no mirar hacia otro lado.

Miró alrededor. La plaza estaba tranquila. Un niño andaba en bici. Una mujer paseaba a su perro.

—¿Creéis que alguien más sabe que el mapa está conmigo? —preguntó Elena.

—Raúl sospecha, seguro —dijo Sergio—. Pero si no se lo decimos, no puede demostrarlo.

—Y la profe tiene su copia —añadió Martina—. Sabe que no somos unos locos, pero tampoco lo sabe todo.

Elena se levantó.

—Entonces, lo que pase a partir de ahora no dependerá solo de nosotros —dijo—. Habrá más ojos mirando bajo la ciudad.

Caminaban hacia la salida de la plaza cuando Elena se detuvo de golpe.

—Mirad —dijo, señalando una esquina del suelo, cerca de la fuente.

Entre dos baldosas, casi imperceptible, había tallado un nuevo símbolo del círculo con las tres líneas. No era viejo; la piedra alrededor aún conservaba un tono distinto.

—Eso no estaba antes —murmuró Martina.

—No —confirmó Elena—. Es nuevo.

Sergio se agachó.

—Es más pequeño —observó—. Como si fuera una firma discreta.

Elena sintió una mezcla de orgullo y vértigo.

—Puede que alguien nos esté diciendo que ya formamos parte de la red —dijo—. Que lo que hicimos estos días no se va a borrar.

Se quedaron un momento en silencio, mirando el pequeño círculo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Martina.

Elena miró a sus amigos.

—Ahora vivimos —respondió—. Vamos al instituto, hacemos exámenes, peleamos con nuestros padres, salimos los sábados. Y, de vez en cuando, miramos bajo la superficie.

—Y si un día la ciudad susurra demasiado alto como para ignorarla... —añadió Sergio.

—Entonces volveremos a escuchar —terminó Elena.

Empezaron a caminar hacia la salida de la plaza. Elena se dio la vuelta una vez más para mirar el banco de azulejos, la farola, la fuente, el nuevo símbolo en el suelo.

Barcelona seguía siendo la misma ciudad de siempre: calles, edificios, ruido, vida. Pero también era, ahora, otra: un tablero de historias superpuestas, de secretos que no se veían desde el autobús del instituto.

Elena sonrió, no tanto por lo que habían descubierto, sino por lo que habían aprendido a ver.

La verdadera Sagrada Familia, pensó, quizá no era una cámara oculta bajo la basílica, sino la red de personas, conocidas y desconocidas, que habían decidido cuidar de la ciudad de maneras visibles e invisibles.

Y mientras se alejaba con Martina y Sergio, con el mapa doblado en la mochila y una nueva cicatriz invisible en la

ciudad, supo que, pasara lo que pasara, una parte de ella siempre estaría atenta a las marcas pequeñas en las paredes, a los dibujos en el suelo, a las sonrisas tensas de los adultos.

Porque, a partir de entonces, sabía que bajo Barcelona no solo dormían túneles y refugios. También dormían historias esperando a que alguien, como ella, se atreviera a levantarlas del polvo.



Escanee para obtener su libro digital y de audio



Crea tu libro personalizado en
www.plyx.ai

c537154c249f0bcb2d06a04668d9ea4d

Hecho con ❤️ en 🇳🇴 por Plyx

12 de diciembre de 2025